



Plantas utilizadas por los aborígenes cubanos; problemática de su inventario

Víctor Ramón Fuentes Fiallo .
Instituto de Investigaciones en Fruticultura Tropical,
Ciudad de la Habana, Cuba.

“Lo pasado es raíz de lo presente. Ha de saberse lo que fue, porque en lo que fue, está lo que es”.

José Martí

Introducción.

Cuando en una criolla y genial expresión, Fernando Ortiz bautizó la cultura cubana con la frase: “Cuba es un ajiaco” (Ortiz, 1939), daba de un plumazo una clara visión de los variados componentes étnicos y culturales que constituyen el mestizaje de la nación cubana.

La riqueza y complejidad de la cultura cubana, heredera de muchas tradiciones se forjó, y forja aún, en una compleja interacción entre culturas que llegaron en canoas y barcos a la Isla.

En canoas, llegaron las diferentes

oleadas de hombres que de diversas procedencias poblaron la Isla a partir del siglo VIII a C. (Domínguez & al., 2002). En barcos, en las postrimerías del siglo XV, llegaron los europeos, que se maravillaron ante la pródiga y rica naturaleza americana (Rey y García del Pino, 2002). En barcos, fueron traídos de diferentes puntos y etnias del Continente africano, más de un millón de hombres como esclavos a partir de los comienzos del siglo XVI (Pérez de la Riva, 1977). En barcos, desde la remota Asia fueron traídos bajo engaño y fuerza, miles de chinos para trabajar en condiciones de semi esclavitud a partir de los finales de la segunda mitad del

siglo XIX (Pérez de la Riva, 2000). Y en barcos, en diferentes oleadas arribaron en todas las épocas, hombres de las diferentes latitudes del planeta (Pérez de la Riva, 1977). Cada procedencia y cada arribo, en inmigración libre o forzada, han constituido y constituyen un valioso caudal cultural que se ha gestado y que hoy se sigue gestando en el vientre del Caimán verde.

Si bien el estudio de la época precolombina en Cuba ha sido objeto de estudio por parte de numerosos investigadores desde diferentes puntos de vista: arqueológico (Tabío y Rey, 1966; Dacal y Rivero de la Calle, 1986; Tabío, 1988; Moreira,

1999), económico (Le Riverand, 1965), histórico (Torres-Cuevas y Loyola, 2001; Domínguez & al., 2002), lingüístico (Valdés Bernal, 1984; Valdés Bernal, 1988), y etnográfico (Pérez, 2000), entre otros. Sin embargo, pocos son los estudios recientes enfocados directamente a la etnobotánica de esas comunidades (Fuentes, 2006a; Fuentes, 2007), aunque algunos obras los hayan abordado de manera indirecta (Bosque, 1889; Colón, 1492; De Gordon 1894; De Gordon y Acosta, 1894; De las Casas, 1875; López, 1888), fundamentalmente desde el punto de vista etnomédico.

Hay algunos aspectos de la cultura aborígen como la lengua, la alimentación, las construcciones, y los enseres domésticos y los aperos de labranza, entre otros, cuya influencia resulta evidente en la cultura cubana de hoy; en los que las plantas tuvieron un rol importante.

El abordar el estudio de la etnobotánica aborígen en Cuba conlleva un sinnúmero de dificultades; por eso, el presente trabajo, que por sus objetivos y extensión no pretende ser un estudio monográfico sobre la temática, que debe ser objeto de estudio multidisciplinario por un grupo de especialistas, solo aborda los principales aspectos de esa problemática, como una pequeña contribución al conocimiento de la utilización de plantas por nuestras culturas aborígenes.

Las comunidades aborígenes de cuba.

Los más recientes estudios históricos, arqueológicos y etnográficos, permiten fechar la presencia del hombre en América entre 40 000 y 50 000 años, y en Cuba en 10 000 años (Domínguez & al., 2002). Estos datos posibilitan conocer que la antigüedad de esa presencia es mayor que la que se había estimado en épocas anteriores.

El arribo del hombre a Cuba se produjo en oleadas, desde diferentes puntos de origen y espaciadas temporalmente, durante aproximadamente unos 10 000 años; es decir, desde unos 8 000 años a C.

Cambios en la organización interna de la sociedad, factores ecológicos, demográficos y la extinción de la megafauna pudieron incidir en el desplazamiento de varios grupos humanos hacia Las Antillas (Moreira, 1999).

Hace unos miles de años, que se establecieron los primeros pobladores del archipiélago cubano (Torres-Cuevas y Loyola, 2001). Las rutas migratorias fueron varias y en diferentes épocas y no siempre los diferentes autores coinciden en las mismas. Pero es de consenso común, que los pobladores de Cuba arribaron a la Isla en diferentes momentos y con diversos grados de desarrollo cultural. Una vez establecidos, cada grupo evolucionó en el

nuevo hábitat, partiendo de la cultura de que eran portadores y con los medios que el mismo le ofrecía.

Procedencia de las comunidades que habitaban cuba a la llegada de los europeos a finales del siglo xv.

Existen diversas hipótesis sobre el momento, procedencia y lugar de arribo de las comunidades que habitaban Cuba a la llegada de los europeos a finales del siglo XV.

Considerando la configuración territorial, la dirección de los vientos y de las corrientes marinas, y la existencia de sitios arqueológicos con similitudes en el nivel económico-social, cultural y tecnológico y después de la cuarta glaciación, Moreira (1999) considera las siguientes hipótesis como vías de procedencia de los habitantes de las Antillas, en la antigüedad y entre ellos, los de Cuba.

1.- Hubo una emigración desde Sudamérica. A partir de las cuencas de los grandes ríos Amazonas y Orinoco, llegaron a las Antillas Menores y avanzaron hasta alcanzar el flanco oriental de las Antillas Mayores. Esta ruta es la única comprobada arqueológicamente. Por ser la ruta más sencilla, muchos especialistas consideran que la mayoría del poblamiento antillano procede de esa región y llegó en distintas oleadas migratorias pertenecientes a hombres de diversas culturas.

2.- Otra ruta factible desde Sudamérica pudo haber salido desde el noroeste de Venezuela o desde la cuenca del Magdalena, en Colombia, hacia la costa de Centroamérica para alcanzar las isletas y cayerías del Caribe occidental para desde allí dirigirse hacia las Antillas Mayores. Esta ruta pudo ser utilizada por los cazadores recolectores y también por comunidades de pescadores.

3.- Desde Centroamérica pudo producirse el traslado de algunos grupos humanos que bordearan el litoral de Nicaragua o de Belice y cruzaran los cayos que afloraron en la última glaciación hasta arribar a las Antillas Mayores.

4.- Otra ruta migratoria se derivaría desde Norteamérica. Ciertas migraciones pudieron partir del río Mississippi e incluso más allá, desde California, cruzar ambas costas de la península de la Florida y dirigirse a Bahamas y Cuba, o a partir directamente desde el litoral oeste de la Florida hacia Cuba.

Comunidades presentes en Cuba al arribo de los europeos a finales del siglo xv

A la llegada de los europeos a Cuba en las postrimerías del siglo XV, las comunidades presentes en Cuba poseían diversos grados de evolución y una, al parecer, había desaparecido. Esto hace más complejo el estudio del aporte aborígen a nuestra cultura nacional.

Las clasificaciones publicadas sobre esas comunidades son diversas (Tabío y Rey, 1966; Domínguez & al., 2002; Rives & al., 1990), entre otras. El Instituto Cubano de Antropología, labora actualmente (2009) en el establecimiento de una que permita unificar las existentes. Debido a esta diversidad de clasificaciones existente, para este estudio utilizaremos básicamente la de Tabío y Rey (1966), que es una de las más conocidas, con algunas variaciones tomadas de otros autores.

Para su estudio, algunos especialistas (Le Riverend & al., 1975) suelen dividir las comunidades aborígenes que encontraron los europeos, en dos grandes grupos: comunidades preagroalfareras y comunidades alfareras. Un tercer grupo, conocido como Mayarí, no incluido en ninguno de los anteriores, ha sido identificado por los especialistas a partir de 1963 (Le Riverend & al., 1975).

Las comunidades preagroalfareras ocuparon diversas regiones del occidente de Cuba y de Camagüey y fueron las de mayor permanencia en la Isla. Se asentaron en áreas relativamente cercanas a las costas. Habitaron en cuevas o al abrigo de rocas salientes, aunque posiblemente algunas construyeron algún tipo de vivienda.

Su actividad económica fundamental eran la pesca, la caza y la recolección de vegetales silvestres. Hacían uso del fuego y empleaban instru-

mentos confeccionados a partir de conchas marinas, madera y piedra.

Su régimen social era la comunidad primitiva. Tenían creencias mágico-religiosas y ritos fúnebres. En las paredes y techos de las cavernas, llegaron a desarrollar pictografías (Núñez Jiménez, 1981).

Aunque existen diferentes nomenclaturas para las comunidades, las consideradas como agroalfareras suelen ser conocidas como ciboneyes. En ellos es posible distinguir, por el grado de desarrollo cultural, dos grupos diferenciados: ciboneyes aspecto Guayabo Blanco, que en obras y clasificaciones antiguas fueron identificados como guanajatabeyes, y ciboneyes aspecto Cayo Redondo, que eran los de mayor desarrollo cultural.

Las comunidades agroalfareras, de un mayor desarrollo cultural, aunque también vivían en el régimen de comunidad primitiva, abarcaron dos importantes complejos culturales: subtaíno y taíno, ambos de origen aruaco provenientes de las costas de Venezuela. Se piensa que el arribo de estos grupos a la Isla debió ocurrir entre finales del siglo VIII y principios del siglo IX.

Las actividades económicas de los miembros de estos grupos agroalfareros, se basaban no sólo en la pesca (cuabeando) sino también en la recolección, la caza y el cultivo. Conocieron y utilizaron los instru-

mentos líticos y la alfarería, y vivían en construcciones de diferente tipo, todas hechas a partir de elementos vegetales (Moreno, 1968).

En parcelas cercanas a los bateyes, lugares donde tenían sus viviendas, cultivaban principalmente yuca (*Manihot esculenta* Crantz), boniato (*Ipomoea batatas* (L.) Lam.) y maíz (*Zea mays* L.), aunque mediante el uso de técnicas primitivas. La preparación de casabe, a partir de la yuca, constituyó un paso importante en la seguridad alimentaria del grupo (Núñez y González, 1999).

Practicaban una religión politeísta y rendían culto a sus dioses (Fariñas, 1995). El chamán, conocido como behíque, además de los ritos para la cura de diversas afecciones, efectuaba el rito de la cohoba, mediante el cual inhalaban polvo de tabaco (*Nicotiana tabacum* L.), posiblemente mezclado con otras sustancias narcotizantes de origen vegetal. Bajo esas condiciones, creían que se comunicaban con sus dioses (Amaro, 1972).

Como manifestación teatral y danzaria, tenían los areítos (Carpentier, 2004; García & al., 2007), bailes que poseían todas las características de las danzas de los pueblos primitivos de muchas culturas (Carpentier, 2004). Durante la celebración de los areítos, presentaban diversas composiciones coreográficas que alternaban en un mismo ritual: formaban hileras, círculos y semi-

círculos, y eran acompañados por varios instrumentos musicales, tales como el mayohuacán (monóxilo hueco con dos aberturas, una en forma de H, en la que golpeaba con un palo, y la otra en forma rectangular para la salida del sonido); la maraca (güira pequeña con semillas en su interior que era utilizada por el tequino y el behíque); las olivas (*Olivas spp.div.*) sonoras, que además del sonido agudo que producían, pendían de los collares unas contra otras sonaban como cascabeles y el guamo o botuto, hecho de diversos caracoles grandes como el *Strombus gigas*, el *Cassis tuberosa* y el *Charonia tritonis nililis* (Guarch, 1983).

Las comunidades indígenas conocidas como grupo Mayarí, no son incluidas por los especialistas entre los recolectores-pescadores-cazadores no ceramistas, pero tampoco dentro de los agricultores-ceramistas típicos de la Isla. Los estudios realizados en los residuarios de este grupo, muestran objetos de concha y piedra similares a los de los ciboneyes aspecto Cayo Redondo; sin embargo, su cerámica difiere de la del resto de los grupos ceramistas del país, pero con características semejantes a las de grupos ceramistas de Haití y La Florida

En opinión de los arqueólogos, los individuos del grupo Mayarí, cuyo origen es actualmente desconocido, habitaron en Cuba entre 980 y 1190 d. C, por lo que no fueron conocidos por los europeos a su arribo a Cuba.

De estos grupos, los de mayor aporte cultural, no sólo por su mayor desarrollo cultural, sino también porque fueron los que tuvieron mayor contacto con los conquistadores, fueron los taínos (Guarch, 1979). El hecho de que poseían una lengua estructurada, aunque desconocida por los europeos, favoreció, evidentemente, el intercambio.

Las denominaciones que por parte de los historiados y etnólogos han recibido estos grupos étnicos han sido diversas y en no pocos casos, han originado algunas confusiones al establecerse las correspondientes equivalencias. Esto se debe en parte, no sólo a los criterios utilizados para la clasificación, sino también a la complejidad que implica la generalización de diferentes etnias, aun cuando provengan de un tronco común.

Fuentes para el estudio de la influencia aborigen.

Aunque la gran mayoría de nuestros indígenas fue exterminada breve tiempo después de la Conquista (Amaro, 1972), existen evidencias de transculturación indohispánica en los residuarios estudiados (Moraes y Pérez, 1946).

Los testimonios de los Cronistas de Indias, tanto aquellos que estuvieron presentes en América, como los que obtuvieron de diversas, pero confiables fuentes, y que redactaron sus obras en España, constituyen las

principales y más fidedignas fuentes para el estudio de la influencia aborígen en la cultura cubana.

Desde el primer momento, los autores de estos escritos pertenecieron a dos grupos claramente diferenciados: los que habían estado en América y transmitían vivencias personales o noticias adquiridas en el entorno americano, y los que elaboraron sus propias obras reuniendo la información a través de las noticias de otros, por medio de narraciones directas o indirectas y lecturas de escritos oficiales o privados, sin haber estado nunca en el continente americano.

Al primer grupo pertenecen los descubridores, soldados, religiosos y funcionarios que desempeñaron algún papel en este proceso, junto con los indígenas y mestizos que se incorporaron a él. Entre ellos se destacan Cristóbal Colón (1451-1506), y el fraile dominico Bartolomé de las Casas (1484-1566). El segundo está formado por la mayoría de los representantes de la historia oficial, que escribieron desde sus despachos, con un caudal inmenso de información a su disposición, acumulado por los centros de la administración indiana, como el Consejo de Indias, que creó la figura del cronista mayor de Indias. Se destacan en este grupo: Antonio de Herrera (1549-1625), Pedro Mártir de Anglería (c.1456-1526), fray Antonio de Guevara (c. 1480-1545), Juan López de Velasco (s. XVI), y Juan Bautista Muñoz

(1745-1799).

Las excavaciones arqueológicas constituyen la otra importante fuente de información sobre la vida precolombina en América, aunque en el caso particular de Cuba, debido a las altas humedad relativa y temperatura, muchos materiales, particularmente los provenientes de plantas, no se han conservado, lo que dificulta los resultados de las investigaciones.

En lo que a Cuba respecta, no son abundantes los estudios hasta la década de 1960, cuando se incrementan de manera marcada. A partir de entonces, se destacan los estudios de Tabío (1988), y Dacal y Rivero de la Calle (1986), entre otros.

A pesar de sus limitantes, ambas fuentes constituyen la base para los estudios de la influencia aborígen en la cultura cubana.

No resulta menos útil, el estudio de las comunidades aruacas del continente, tanto las precolombinas, como las actuales, porque en ellas es posible hallar puntos de convergencia en lo que al uso de las plantas se refiere.

Problemática del estudio de la utilización de plantas utilizadas por los aborígenes en Cuba

Posiblemente, la más antigua referencia de la relación hombre-planta entre nuestros aborígenes, sean las pictografías en las que apare-

cen hojas de plantas. Cueto (2002), basado en diversos autores, plantea que las primeras representaciones de plantas y animales cubanos fueron hechas por habitantes de nuestra Isla en los interiores de las cuevas, y plantea que al investigar sobre los dibujos aborígenes, se aprecia que el reino planta es escasamente representado en esta etapa y que existen muy pocos ejemplos entre los cuales se encuentran escasos dibujos de hojas en algunas paredes de las cuevas, mientras que los animales, como reflejo de la religión y la dieta están mejor y más abundantemente representados.

La presencia de detalles en las representaciones no era preocupación para los habitantes de entonces, quienes no perseguían una finalidad taxonómica, y muchos menos artística. A pesar de ello vale señalar la importancia de esta reducida fuente de información visual que ha permitido el conocimiento de plantas y animales nativos y quizás endémicos de la Isla y de la importancia que tuvieron para nuestros primeros habitantes (Fuentes y Fuentes, 2008).

La utilización de restos vegetales como evidencia arqueológica para estudiar el uso de las plantas por nuestros aborígenes se hace difícil debido a que nuestras condiciones climáticas y edáficas, casi siempre dificultan la conservación de restos vegetales, lo que impide su utilización como evidencia

arqueológica, con la excepción de algunos residuarios *sui generis* en cavernas y pantanos.

Los estudios palinológicos podrían aportar elementos confiables para la realización de estos estudios, como lo prueba el realizado por Areces (1992). Igualmente pueden resultar de gran utilidad, el empleo de la técnica del estudio de los restos de carbohidratos presentes en morteros y otros instrumentos líticos (Rodríguez y Pagán, 2006).

En la información obtenida a partir de los Cronistas de Indias, hay que tener en cuenta, que a pesar del valor que tiene como fuente de información histórica, las crónicas, consciente o inconscientemente, están escritas desde su escala de valores por lo que pueden no haber sido fieles a la verdad al tratar de transcribir la realidad que observaron. Por otra parte, que no es menos cierto que su intención no era estudiar las culturas que encontraron, sino divulgar de ellas, lo que convenía a sus intereses.

Es de destacar que muchas publicaciones que refieren especies utilizadas por los aborígenes, se apoyan en citas de autores anteriores, sin analizar la factibilidad de este hecho.

En no pocas ocasiones, ha sido referido el uso de plantas por parte de nuestros indígenas, en especies exóticas que aún no habían sido introducidas en Cuba. Tales son

los casos de cañafistola (*Cassia fistula* L.), una especie oriunda de Asia (León y Alain, 1953), que ha sido referida por De Gordon (1894) y de la higuera (*Ricinus communis* L.), nativa de África tropical (Ricardo & al., 1995), citada por De Gordon (1894) y Moya (1985).

Con frecuencia, la identificación de restos vegetales en los residuarios, debido al material disponible, se limita a nivel genérico o simplemente, a nivel de familia. Areces (1992) refiere para nuestros aborígenes, el uso de frutos de *Elaeocarpaceae* y *Myrtaceae* y de flores de especies de palmas (*Arecaceae* spp. *div.*) y de tubérculos de yuca (*Zamia* sp.). No siempre el material disponible, posibilita llevar la identificación a un rango específico.

La complejidad del estudio etnobotánico de nuestras comunidades aborígenes se hace más evidente si se tiene en cuenta de que a la llegada de los europeos a la Isla, en la misma habitaban varios grupos humanos con diferentes grado de desarrollo cultural, procedencia, y experiencia en la utilización de las plantas, por lo que no todos hacían el mismo uso de ellas. Hay que tener en cuenta, que algunas de las especies como la yuca (*Manihot esculenta* Crantz) y el maíz (*Zea mays* L.) que eran de amplio uso y cultivo por los grupos agroalfareros fueron traídas por ellos, ya domesticadas, al arribar a la Isla

Esquivel y Casals (2005) brindan una amplia relación de especies de animales y plantas a las que hace referencia o que fueron probablemente observadas Colón. En ocasiones, las referencias resultan dudosas en lo que a las posibles especies vistas se refiere. Así, el 28 de octubre en Bariay, Colón refiere haber visto "lleno de árboles todo cercado el río". Esquivel y Casal (2005), refieren como posibles especies los cuatro árboles típicos de los manglares cubanos: mangle colorado (*Rhizophora mangle* L.), patabán (*Laguncularia racemosa* (L.) Gaertn. f., mangle prieto (*Avicennia germinans* (L.) L. y yana (*Conocarpus erecta* L.). Sin embargo, ese criterio no resulta suficiente para afirmar que ciertamente se trate que sean esas las especies a que se refiere el Almirante.

En ocasiones, Colón refiere un término que es común a muchas especies. Así cuando cita el nombre palma, los autores señalan como posibles especies vistas por el almirante a *Rosytonea regia* (Kunth) O. F. Cook., *Roystonea violacea* León, *Roystonea stellata* León, *Roystonea lenis* León y *Rosytonea maysiana* (L.H. Bailey) Zona). De acuerdo con la localidad a que se refiere la cita (Porto Santo), podría ser solo una especie: la palma real (*Roystonea regia*). Las otras especies de *Roystonea*, no habitan en esa localidad (Verdecia, 2008). La distribución geográfica, pasada y actual de las especies, tiene que ser un elemento a tener en cuenta a la hora de aceptar

el posible uso o no de una especie, por parte de nuestros aborígenes.

Si bien la realización de un inventario completo de las especies utilizadas por nuestros aborígenes, no está dentro de las pretensiones de este estudio que solo intenta presentar la problemática que implica la realización de ese inventario, creemos conveniente agrupar las especies referidas por algunos autores, como de uso aborígen, en tres categorías:

1.- Especies cuyo uso por parte de los aborígenes es posible demostrar.

NC: *Annona glabra* L.

NV. Bagá, palo bobo.

Notas: La especie es nativa y propia de ciénagas y lugares costeros de toda Cuba. La raíz tiene la apariencia del corcho en lo que a textura y peso se refiere.

Ref.: En el museo Montané, de la Universidad de La Habana, existe una bandeja confeccionada con la raíz de esta especie.

NC.: *Nicotiana tabacum* L.

NV.: Tabaco, cohíba, cohibá, cojoba

Notas: Rivero de la Calle (1966), da también el nombre de cojoba al tabaco, y describe su uso de varias maneras, aludiendo la posible mezcla de esta especie con alguna otra

narcótica, que sugiere sea *Brugmansia Xcandida* Pers.

De acuerdo con el diario de Colón -6 de noviembre de 1492- fue en esa fecha que el Almirante tiene la primera noticia de la existencia del tabaco.

Según Guarch (1983) la especie era cultivada en pequeñas áreas de terreno llamadas conucos.

Ref.: Fernández, 1825, De Gordon, 1894; Rivero de la Calle, 1966; Guarch, 1973; Guarch, 1983; Moya, 1985; Esquivel y Casals, 2005.

NC.: *Guaiacum officinale* L.

NV.: Guayacán

Notas: La madera de esta especie fue empleada en la confección de un plato que fue hallado en residuarios de Ciénaga de Zapata. Con ella también fue confeccionado el ídolo del tabaco. Ambas piezas se encuentran en el Museo Montané en la Universidad de La Habana

Ref.: De Gordon, 1894; Pichardo, 1990; Guarch, 1973; Moya, 1985.

NV.: *Manihot esculenta* Crantz

NC.: Yuca, yuca agria

Notas: Además de ser referida por los Cronistas de Indias, existen múltiples evidencias que prueban el cul-

tivo y uso de la especie por nuestros aborígenes, Escobedo, en La Dorada (Suardíaz, 2004), hace una detallada descripción del cultivo de esta especie y de la elaboración del casabe a partir de las raíces ralladas de esta planta. Se conservan los burenes

Ref.: Pichardo, 1990; Guarch, 1983; Esquivel y Casals, 2005,

2.- Especies cuyo uso se atribuye a los aborígenes, y que hasta el momento, no es posible demostrar.

NC.: *Anadenanthera peregrina* Speng.

NV.: Cojiba, cojoba

Ref.: Esquivel y Casals, 2005.

NC.: *Brugmansia Xcandida* Pers.

NV.: Campana

Notas: Aunque resulta posible que en el rito de la cohoba o cojoba, y también con los nombres de cojiba, cohíba o coíba, interviniese otra u otras especies narcóticas o alucinógenas, además del tabaco, parece poco probable que entre ellas se encuentre *Brugmansia Xcandida* Pers., que es una especie oriunda de América del Sur, aunque naturalizada en Cuba en la actualidad, y de la que no existe evidencia alguna de que sea nativa, ni que haya sido traída a Cuba por los aruacos. Las grandes y vistosas flores de esta especie, y otras del género, tendrían necesariamente, que haber llamado

la atención de los conquistadores y no existen referencias al respecto.

Ref.: Amaro, 1972; Rivero de la Calle, 1966

NC.: *Tetragastris balsamifera* (Sw.) Kuntze

NV.: Azucarero

Notas: De acuerdo con León y Alain (1951), la especie ha sido citada para Cuba por Achille Richard y J. N. Rose, pero su existencia en Cuba resulta dudosa. Es una especie, como todas las de Burseraceae, familia a la que pertenece, que posee resina. Quizás por esta cualidad, se le atribuye el uso. No hay evidencias ciertas de que la especie esté o haya estado en Cuba. Moya (1985) no aporta elementos que expliquen el porqué atribuye a nuestros aborígenes el uso de esta especie.

Ref.: Moya, 1985.

3.- Especies que dudosamente fueron empleadas por nuestros aborígenes.

NC.: *Cassia fistula* L.

NV.: Caña fistola

Notas: La especie es oriunda de Asia, aunque en la actualidad se halla cultivada en los trópicos del Nuevo Mundo (León y Alain, 1953), y no resulta posible que haya sido empleada por los aborígenes.

Ref.: De Gordon, 1894; Moya, 1985.

NC.: *Ricinus communis* L.

NV.: Higuereta

Notas: Según de Gordon (1894) el aceite de las semillas de esta especie, en la que se disolvían la jagua (*Genipa americana* L.) y la bija (*Bixa orellana* L.), probablemente el fruto y las semillas, respectivamente, para las picaduras de los mosquitos. La especie, sin embargo, es originaria de África Tropical (Ricardo & al., 1995) y no pudo haber sido conocida por los aborígenes antes de la llegada de los europeos De Gordon (1894), y Moya (1985) no aportan elementos al respecto

Ref.: De Gordon, 1894; Moya, 1985.

NC.: *Verbena officinalis* L.

NV.: Verbena.

Notas: Resulta improbable que esta especie haya podido ser conocida por los aborígenes cubanos. Es indígena en Europa, Asia y África del Norte, e introducida y naturalizada en casi todo el mundo; en Cuba es subespontánea en algunas regiones y también es cultivada (Méndez, 2003). Debió haber sido traída a Cuba después de la llegada de los españoles.

Ref.: Moya, 1985.

Usos de las plantas por los aborígenes y su influencia en la cultura cubana,

A pesar de que se carece de estudios que ofrezcan un seguro y completo inventario de las especies vegetales utilizadas por nuestros aborígenes, no hay dudas, que las plantas jugaron un importante papel en su economía de vida. Muchas de esas especies, son todavía de gran uso entre la población cubana.

Especies utilizadas con fines medicinales:

Entre las plantas que refieren diferentes autores, que fueron empleadas por nuestros aborígenes, se destacan principalmente por la gran cantidad de especies citadas, las referidas como medicinales.

Si bien el desarrollo cultural de las comunidades indígenas que habitaban Cuba al arribo de los europeos en las postrimerías del siglo XV, no alcanzaba el nivel de los habitantes nativos de las residentes en Mesoamérica y América del Sur, desarrollaron como toda cultura, un conjunto de concepciones y métodos para interpretar e intentar curar las enfermedades.

El estudio de la influencia aborígen en la utilización de plantas en la medicina tradicional herbolaria de Cuba, confronta dificultades, a pesar de los esfuerzos honestos de muchos investigadores.

De Gordon (1894) atribuye a nuestros indígenas el conocimiento de algunos aspectos anatómicos y fisiológicos como la existencia de los huesos, la importancia y necesidad de los sentidos, la utilización del manzanillo (*Hippomane mancinella* L.) como purgante, así como el empleo de la jagua y la bija.

Además de las especies citadas, Guarch (1979) añade la guásima (*Guazuma ulmifolia* Lam.) y la manzanilla del país (*Phania martinicarioides* (Spreng) Griseb.). Todas estas especies son actualmente utilizadas en la medicina tradicional herbolaria de Cuba. Sin embargo, Fuentes (1984a, 1988, y 2007) argumenta que no todas las especies referidas por esos autores son nativas.

Mestre (1936), relaciona algunas especies que en su opinión, utilizaron los aborígenes en Cuba para la preparación de algunos medicamentos que empleaban para el tratamiento de diversas afecciones.

Beldarraín (2006) en un análisis crítico de los trabajos de De Gordon (1894), López (1888) y Mestre (1936), destaca que aunque con sus limitaciones, estos autores quisieron hacer ver que la medicina practicada por nuestros primeros habitantes, no era ni tan primitiva ni tan salvaje, como quisieron hacer ver los colonizadores con sus ideas racistas y eurocentristas.

Algunos investigadores (Bachiller y Morales, 1888; López, 1888; y De Gordon, 1894) coinciden en que la práctica médica entre nuestros indígenas estaba íntimamente ligada a sus creencias religiosas.

Rivero de la Calle (1966) y Guarch (1979) destacan la importancia del médico-hechicero o behíque en las comunidades agroalfareras de Cuba, cuya más importantes funciones eran la dirección de los ritos mágicos del culto tribal, la práctica médica y la participación en el consejo de la tribu.

Por las referencias de los Cronistas, Guarch (1979) infiere que la medicina aruaca en general se basa en la ingestión de infusiones preparadas con hierbas medicinales y otros productos vegetales; vomitivos, dietas y masajes; todo ello acompañado con prácticas mágicas. El mismo autor señala especies medicinales referidas por otros autores ya citados, añadiendo la yagruma (*Cecropia peltata* L.).

El hecho de no considerar si las especies referidas, son o no nativas, constituye una de las principales fuentes de errores a la hora de abordar el estudio de las plantas empleadas con diferentes fines por nuestros aborígenes.

Especies utilizadas como alimento:

Los hábitos alimentarios del cubano

de hoy, debido a la complejidad de los orígenes y componentes de la cultura cubana, son muy diversos, y sus fuentes de origen son muy variadas, pero a pesar de que los componentes hispánicos y africanos tienen el mayor predominio, es posible apreciar una influencia indígena.

A su arribo a las tierras americanas, los europeos se vieron precisados a establecer cambios en su dieta, como una adaptación al nuevo entorno. El maíz (*Zea mays* L.) era una de las especies que cultivan las comunidades agroalfareras, llegó a ser una de sus fuentes de obtención de carbohidratos. La especie, que no es nativa de Cuba, fue seguramente introducida por los aruacos, ya con un cierto grado de domesticación, pues conocían la técnica de su cultivo.

Probablemente la especie más utilizada era la yuca (*Manihot esculenta* Crantz), con la que se elaboraba el casabe, que además de constituir una fuente de carbohidratos permitía su almacenamiento por algún tiempo. La importancia de este hecho es tal, que cuando en 1555 el corsario francés Jacques de Sores, atacó La Habana, solicitó 100 cargas de casabe, para proveer sus naves, como parte del rescate (Portuondo, 1975). La capacidad de almacenar ese alimento durante largos períodos de tiempo, lo hacía de gran utilidad para las largas travesías oceánicas y con seguridad posibilitó que fuera un alimento que los aborígenes podían llevar consigo cuando se desplaza-

ban largas distancias.

En el caso del casabe, elaborado a partir de la yuca (*Manihot esculenta* Crantz), el fraile carmelita Alonso de Escobedo hace una detallada relación en "La Dorada", fragmento cubano del poema "La Florida" (Suardíaz, 2004). Este autor dedica al casabe ocho estrofas de su poema y describe: la técnica para su cultivo, su cosecha, la singular preparación de las tortas y la forma en que debe consumirse (García, 2004). Todavía resulta común la utilización del casabe en muchas localidades de la provincia Holguín.

El boniato (*Ipomoea batatas* (L.) Lam., es otra de las especies utilizadas por nuestros aborígenes, que resultó asimilada por los europeos; aún en la actualidad, es parte de la dieta del cubano, quien lo utiliza en la preparación de varios platos.

Algunos de estos alimentos fueron más tarde rechazados; pero otros pasaron a ocupar un importante lugar en la alimentación no sólo de la nueva población, sino también de otros pueblos del mundo, como la propia yuca y el maíz.

El abundante uso del ají picante (*Capsicum annum* var. *glabriusculum* (Dunal) Heiser & Pickersgill) como condimento en nuestra cocina, así como la forma de asar en parrilla, la "barbacoa" indígena, son considerados influencia aborígen (Núñez y González,

1999).

Este ají picante es la única especie del género, de la que existen evidencias que sea nativa de Cuba, aunque su distribución natural alcanza otras regiones caribeñas. La especie se encuentra silvestre toda Cuba

Ortiz (1939), señala que "el ajiaco fue el guiso típico de los indios taínos, como de todos los pueblos primitivos cuando, al pasar de la economía meramente extractiva y nómada a la economía sedentaria y agrícola, aprendieron a cocer los alimentos en cazuelas al fuego". Sin embargo, a pesar de la lógica del pensamiento, el autor no aporta pruebas que demuestre esa afirmación.

Alexandrenkov y Folgado (1989) plantean que el hábito de tostar el maíz o el boniato entre cenizas ardientes, así como el consumo del casabe; y el ajiaco, con las lógicas variaciones en su confección, son parte de la herencia cultural aborígen. Ya en el siglo XIX el ajiaco se encuentra transculturado a la dieta común de la población, especialmente del campesinado.

En el caso de los animales, por los exoesqueletos como el de algunos moluscos, o el de los huesos de algunos vertebrados, resulta más fácil conocer los elementos de la dieta de nuestros aborígenes. No ocurre así con los vegetales, cuya conservación en nuestras condiciones de alta humedad y temperatura, resulta muy

difícil. A esto hay que añadir, que son prácticamente nulos los estudios publicados sobre la utilización de plantas alimenticias por nuestros aborígenes, que no presenten serios errores.

No existen dudas de la presencia de una influencia indígena en la cocina cubana de hoy, sin embargo, este aspecto, no resulta tan conocido ni estudiado como otros.

Vestimentas:

Se conoce que en las comunidades de agricultores ceramistas, los hombres y los niños de la aldea andaban totalmente desnudos. Las mujeres casadas usaban unas pequeñas faldas de algodón (*Gossypium hirsutum* L.) que llamaban "naguas". Las solteras a veces cubren sus genitales con una pequeña redcilla (Le Riverend & al., 1975).

La forma en qué forma hilaban el algodón para la confección de tejidos, es actualmente desconocida, pero al parecer el algodón era abundante en la Isla, porque Colón, en su diario, hace mención de los tejidos de algodón en varias ocasiones. El hecho de que los europeos tenía mayor desarrollo en el hilado y tejido, contribuyó sin duda alguna, a que desapareciera del método indígena para el hilado y el tejido

Tejidos y cestería:

Ya Colón en su Diario, con fecha 3

de noviembre de 1493, da muestras del dominio de las técnicas textiles por grupos aborígenes: "Vinieron en aquel día muchas almadías o canoas a rescatar cosas de algodón filado y redes en que dormían que son hamacas". De acuerdo con Guarch (1983), "Los instrumentos de trabajo fundamentales realizados en fibras vegetales eran las redes para pescar; el sibucán, especie de manga o saco tejido para extraerle el zumo venenoso a la yuca y las sogas o cabuyas para atar las presas de caza y demás funciones. Fabricaban jabas de yarey de distintos tamaños, para guardar alimentos, y catauros de yagua a manera de recipientes para productos sólidos".

Todavía en la actualidad, la población cubana fabrica catauros y cestos de yaguas para uso doméstico.

Instrumentos de trabajo:

Los aperos de labranza y herramientas, constituyen los medios de producción del campesino y por tanto, su confección y buen estado son objetos de especial atención. Ellos siempre tienen elementos vegetales en su composición, y han sido objeto de estudios recientes (Tirado, 2000). Los cabos de hacha, guatacas, guatacas para remover el café en los secaderos, rastrillos, coa, y otros, siempre están hechos de diferentes maderas cubanas: yaba (*Oxandra lanceolata* (Sw.) Baill.), cedro (*Cedrela odorata* L.), almácigo (*Bursera simaruba* (L.) Sarg.), ácana (*Ma-*

nilkara valenzuelana (A. Rich.) T. D. Penn.), dagame (*Calycophyllum candidissimum* (Vahl) DC.) (Fuentes, 2006a).

De esos aperos de labranza, la coa, es de evidente influencia aborigen. Era madera larga y aguzada en un extremo, que era endurecido al fuego. En la actualidad, la coa está constituida por una vara de madera dura, en uno de cuyos extremos se fija una pieza de hierro, a modo de cuchilla, aunque en algunos localidades es posible observar la utilización de ocas hechas solo de madera, con la unta endurecida al fuego. Su empleo es el mismo que le daban nuestros aborígenes: para cavar la tierra.

Enseres domésticos:

La confección de cestas y canastas por parte de los campesinos cubanos, constituyen un renglón de producción artesanal y casera que resuelve los problemas de cosecha y almacenamiento de los productos agrícolas. A partir de tallos de guaniquiqui (*Trichostigma octandrum* (L.) H. Walte), se confeccionan cestos de diversas medidas para diferentes usos, además de canastas. Otras plantas, como la palma real (*Roystonea regia* (Kunt) O. F. Cook) son empleadas para los mismos fines. La utilización de estos materiales para cestería puede tener sus antecedentes en los fabricados por nuestros aborígenes a partir de los mismos materiales, y que les servían para diferentes fines. Los depósitos

de yagua en que se depositaba la yuca rayada eran conocidos por los aborígenes como guariquetén.

Recipientes para diversos usos:

Para la fabricación de diferentes enseres los campesinos cubanos de hoy utilizan todavía diversas especies de árboles y arbustos. En ocasiones, una misma especie vegetal puede proporcionar diversos enseres. Tal es el caso de la güira (*Crescentia cujete* L.); con el exocarpo de esta especie, se fabrican recipientes de diversos tamaños para beber café, para almacenar agua y para contener granos. También se emplea para la confección de saleros y otros recipientes.

Nuestros aborígenes, debieron de utilizar esa especie, y otra del mismo género presente en Cuba: *Crescentia mirabilis* Ekman ex Urb., endémica la cayería norte de las provincias centro orientales, como recipientes para contener agua y alimentos. Pudo haber sido utilizada con los mismos fines, otra especie de esa misma familia: magüira (*Enallagma latifolia* (Mill.) Small).

Otros enseres:

El campesino cubano confecciona en la actualidad diversos enseres e instrumentos que dan solución a muchas de las necesidades de la vida cotidiana en el campo: escaleras, zarandas, guayos, jaulas, comederos y trampas para animales; y jibes.

Todos se confeccionan utilizando diversas especies vegetales presentes en el entorno. Si bien es común, por cuestiones de distribución natural de las especies, su uso en todo el país, en algunas regiones hay particularidades de acuerdo a la composición florística de la región. Muchos de estos enseres que están siempre presentes en las casas del campesino de hoy, tienen antecedentes aborígenes.

De evidente origen aborígen son el guayo, o rallo, como se conoce en algunas regiones, que era utilizado para rallar la yuca y confeccionar el casabe; y el jibe, que es un colador o cernidor. En algunas zonas del país, todavía a este instrumento se le sigue denominando jibe.

Costumbres:

Algunas costumbres del cubano de hoy, forman parte de la tradición heredada de nuestros aborígenes. Entre ellas, el uso del tabaco, y de la hamaca, guardan un lugar singular.

Otras costumbres que en mayor o menor grado son apreciables en nuestra cultura, y en particular entre los campesinos, es la de cuabear, que es una forma de capturas peces y crustáceos con una rama de cuaba (*Amyris spp. div.*); la utilización del cobo (*Strombus gigas*) como instrumento sonoro (que es usado todavía en algunas regiones rurales del país para llamar a personas que se encuentran distantes) y el uso de ja-

bas catauros confeccionados con diferentes especies vegetales para almacenar y transportar huevos, alimentos y otros productos.

El uso del tabaco:

El tabaco (*Nicotiana tabacum* L.) es una planta mágica por excelencia; su humo es muy empleado en sahumerios como ofrenda a las deidades afrocubanas y fue ampliamente utilizado por los aborígenes cubanos en el rito de la cohoba. Los chamanes de Mesoamérica también hacen uso de él como parte de sus ritos

Las primera noticia directa referente al uso del tabaco por los aborígenes cubanos aparece reflejada en el Diario de navegación del almirante Cristóbal Colón en fecha 6 de noviembre de 1492: "Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente para tomar sus sahumerios que acostumbran" (sic) (Colón, 1492).

Esta afirmación es ampliada por De las Casas (1499): "...que son unas hierbas secas metidas en una cierta oja, seca también a manera de mosquete hecho de papel, de los que hacen los muchachos la pascua del Espíritu Santo, y encendido por una parte dél por la otra chupan, ó sorben, ó reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes y cuasi embozrachan, y así, diz que, no sienten el cansancio. Estos mosquetes, ó como lo llamaremos, llaman ellos tabaco".

(sic)

El uso del tabaco, también extendido a otras áreas del Caribe, tenía funciones rituales y también medicinales, como lo afirma Pané (1990). Sin embargo, el hecho de que el tabaco posea propiedades alucinantes, ha sido discutido por algunos autores, como lo señala Ortiz (1963) en su Contrapunteo cubano del tabaco y la caña de azúcar.

El tabaco (*Nicotiana tabacum* L.) fue ampliamente utilizado por los aborígenes cubanos en el rito de la cohoba, también llamado cojoba, cojiba, cohíba o coíba, según Rivero de la Calle (1966). Sin embargo, el hecho de que el tabaco posea propiedades alucinantes, ha sido discutido por algunos autores, como lo señala Ortiz (1963) en su Contrapunteo cubano del tabaco y la caña de azúcar.

Rivero de la Calle (1966) y Amaro (1972) plantean que posiblemente el behíque mezclaba alguna especie narcótica, probablemente la campana (*Datura arborea* L.), para el rito de la cojoba. Esta especie, que por confusión con *Brugmansia Xcandida Pers.* ha sido citada para Cuba, tendría que haber sido traída por los aruacos a Cuba, de ser cierto lo planteado, pues no existen evidencias de que sea una especie nativa. La especie posee alcaloides tropánicos, fundamentalmente escopolamina, atropina, y su isómero hiosciamina, que provocan una fuerte midriasis y alteraciones del sistema nervioso

central, enrojecimiento de la piel, y taquicardia, entre otros síntomas, pero no alucinaciones. Debido a esto, desde hace tiempo se cuestiona si el tabaco utilizado en el rito de la cohoba era solamente polvo de tabaco, o estaba mezclado con otras especies vegetales.

Safford (1916) ha planteado que probablemente, el tabaco era mezclado con polvos de *Anadenanthera peregrina* Speg. (Sin.; *Piptadenia peregrina* (L.) Benth.), una especie presente en Puerto Rico, La Española, Antillas Menores, y de Venezuela a Brasil (Liogier, 1985, 1988) y que resulta bastante frecuente en La Española (Liogier, 1985). La especie, también reportada para Jamaica (Adams, 1972), no ha sido referida antes para Cuba (León y Alain, 1951), ni tampoco en el más reciente tratamiento para la familia (Bässler, 1998), por lo que puede considerarse que no está en el país.

De ser cierto lo planteado por Safford (1919), y también por Vega (1981), sobre el uso de *Piptadenia peregrina* (*Anadenanthera peregrina* Speg.) en el uso de la cohoba en La Española, ¿qué variantes botánicas, en lo que a composición de los polvos inhalados se refiere, ocurren con el rito en Cuba?. Es una incógnita que de seguro provoca gran interés en los estudiosos de las plantas empleadas por los aborígenes en Cuba.

De lo que sí no existen dudas, es que

el tabaco ocupó un sitio muy importante en la sociedad taína, asociándolo a sus ceremonias rituales y a sus prácticas mágico-curativas. Al parecer, por sus propiedades embriagantes y aromáticas, el tabaco en forma de rapé fue uno de los componentes de los polvos alucinógenos inhalados en las cohobas. (Fuentes, 2006 b).

Según Marcano (2006 a y b), entre los taínos, la principal ceremonia religiosa fue la cohoba en la cual, mediante la inhalación de unos polvos alucinógenos, el cacique o behique entraba en un estado de trance creyendo comunicarse con sus dioses o espíritus a los que invocaba pidiendo ayuda y protección. Antes de entrar al templo los taínos se introducía en la boca una espátula con la finalidad de vomitar, purificándose interiormente, para así evitar los efectos de indigestión que podrían producir los elementos tóxicos que contenían los polvos de la cohoba. El polvo alucinógeno empleado en la cohoba era colocado sobre un plato de ofrendas que generalmente tenían los ídolos tallados sobre la cabeza (cemíes de la cohoba), desde donde los oficiantes lo inhalaban mediante unos cañutos en forma de Y. Los participantes en esta ceremonia se decoraban el cuerpo para la ocasión y, al entrar al recinto, eran recibidos por el cacique, quien tocaba el mayohabao o tambor de madera, sentándose luego en cuclillas en torno al cemí ante el cual se practicaba el ritual.

El tabaco, fue posteriormente incorporado al uso de las religiones afrocubanas y el espiritismo, y su uso, también como fuente de placer, sigue extendido en la población actual.

El uso de la hamaca:

Es Pichardo (1976), uno de los primeros en reconocer que el uso de la hamaca, ampliamente extendido entre la población campesina, tiene un origen indígena:

“Cama colgante a estilo de cuerda floja, cuya pieza principal para acostarse o sentarse es un cuadrilongo de lienzo fuerte, cotí, &c. al tamaño sobrante de una persona, recogidas las dos extremidades con muchos ojales o gazas para atar [...] que terminan en un solo ojo donde se amarra cada una de las dos sogas opuestas firmes del techo, o de las paredes, o de árboles...”

Por supuesto, el uso actual de la hamaca es a partir de otros materiales que facilitan su confección y uso.

Música y danza:

Como areíto, se han dado a conocer tradicionalmente las manifestaciones danzarias de los habitantes de los habitantes caribeños de origen aruaco. Este tipo de danza, del que lamentablemente se conoce poco, era ejecutada no sólo en Cuba, sino también por comunidades indígenas

del Caribe insular.

Las características del areíto son, hasta donde es posible conocer actualmente, las típicas de los bailes primitivos de muchos pueblos: danzas colectivas, rítmicas, en las que se hace uso del sonido del tambor durante la ejecución; los movimientos son asimétricos y frenéticos, que van en un crescendo hasta culminar con la catarsis.

Y como toda danza primitiva, el areíto puede tener un doble carácter: narrativo, en el que el simbolismo aparece presente (por ejemplo, un grupo de bailarines representa a los cazadores y otro a los animales); y abstracto, cuando el baile no representa ni narra una historia o enseñanza. Los areítos eran eminentemente rítmicos, y el toque del tambor ayudaba a mantenerlo. El tequino o maestro, fijaba la frase núcleo del areíto y conducían el coro, a la vez que establecían un “diálogo” responsorial como antifonas.

Al parecer, este ritmo iba en un constante crescendo, excitado por la ingestión de chicha (una bebida de maíz (*Zea mays* L.) fermentada, que en opinión del Padre Las Casas, “para emborrachar tenía harta fuerza”), que ingerían músicos y ejecutantes, que provocaba en ello un alto grado de excitación y estímulo, porque la ejecución de los areítos era larga; a veces, desde la tarde hasta el amanecer. Si bien se reconoce una influencia de los areítos en las

prácticas del espiritismo de cordón (García & al., 2007) no hay evidencias de que la bebida de maíz fermentada, haya llegado a nosotros.

Creencias religiosas:

Las creencias religiosas de los primitivos habitantes de Cuba, poseían las características propias de todas las religiones primitivas (Fariñas, 1995).

El choque de las creencias con la religión católica, de la que eran portadores los conquistadores y que tenía unas sólidas estructuras teológica y litúrgica, fue muy desigual, si se considera también que los europeos, además, trataron de imponer por la fuerza sus creencias ya que consideraban como demoníacas las prácticas y creencias de los indígenas. Esto hace que si bien existen referencias de las creencias y cultos de nuestros aborígenes, sus creencias no se hayan mantenido en nuestra cultura.

Confeccionaban ídolos familiares de madera, piedra o hueso, que presentaban formas estilizadas de animales, y en ocasiones, de seres humanos (Le Riverend & al., 1975). A ellos atribuían fuerzas misteriosas que consideraban eran capaces de protegerlos contra los males, por lo que les hacía ofrendas. Los ídolos tribales, que se suponía tenían poderes para proteger a toda la comunidad, eran igualmente objetos de cultos y ofrendas. Esas ceremonias

eran dirigidas por los hechiceros o behiques.

Le Riverend & al. (1975) explican así esas ceremonias: “Para efectuar el rito de la cohoba, el behique se somete a un ayuno que incluye la limpieza estomacal por medio de ciertos brebajes que provocan vómitos, o introduciéndose en la garganta espátulas vómicas. Hecho esto, toma un objeto de madera hueco y comienza a inhalar polvo de tabaco que según nos parece está mezclado con otras sustancias narcotizantes.

“Ya en estado de embriaguez, el behique inicia una cierta conversación con los ídolos, los cuales le comunican los secretos de los poderes sobrenaturales, bien sean daños o buenas nuevas que se avecinan.

En estos ritos, la participación del tabaco (*Nicotiana tabacum* L.) y otras especies de plantas con propiedades alucinógenas o no, debieron haber sido de gran utilización. La utilización de especies vegetales con fines rituales es característica de los estados primitivos de muchas culturas.

A modo de conclusión

Son numerosos los esfuerzos realizados por investigadores de diversas disciplinas para conocer nuestro pasado aborigen. El avance en los diferentes aspectos que estas investigaciones conllevan, resulta muy dispar. En el caso de las plan-

tas y animales que utilizaban para su supervivencia la diferencia en el conocimiento es muy marcada.

El hecho de que el endoesqueleto o el exoesqueleto de los animales se conserven mucho mejor que los restos vegetales, en nuestras condiciones climáticas, con altas humedad y temperatura, hace que las plantas sean menos conocidas que los animales, a pesar del innegable papel que debieron jugar las mismas en el desarrollo de esas culturas.

En la actualidad se conocen referencias de algunas decenas de especies vegetales que con mayor o menor pruebas y acierto, han sido referidas como usadas por nuestros aborígenes, sin embargo, un análisis crítico de las mismas permite conocer la existencia de imprecisiones y de errores a la hora de ser citadas.

Solo una investigación multidisciplinaria, en la que participen botánicos, etnobotánicos, etnólogos, lingüistas, historiadores y especialistas de otras disciplinas afines, permitirá el profundizar con más exactitud y amplitud, las plantas usadas por nuestros aborígenes.

Bibliografía

Adams, C. 1972. *Fowering plants of Jamaica*. University of West Indies. Mona, Jamaica. 848 p.

Alain, H. 1951. *Flora de Cuba*. Vol. II. Contribuciones Ocasionales del Museo

de Historia Natural del Colegio de la Salle. No. 10. La Habana. Imp. de P. Fernández.

Alexandrenkov, E. y Folgado, A. 1989. *Anuario de Etnología*. La Habana. Editorial Academia.

Amaro, S. 1972. *Notas históricas*. La Medicina de los behiques. Revista Cubana de Medicina 11 (2): 197-200.

Areces, A. 1992. *Estudio palinológico de coprolitos aborígenes presentes en varios sitios preagrolafareros del noroeste de Cuba*. Resúmenes Etnobotánica'92. Córdoba, España. 20-26 de septiembre de 1992,

Bachiller y Morales, A. 1888. *Cuba primitiva. Origen, lenguas, tradiciones e historia de los indios de Las Antillas Mayores y Las Lacayas*. 2 ed. correg. y aum. La Habana.

Bässler, M. 1998. *Mimosaceae*. En: Manitz, H. (ed.). *Flora de la República de Cuba* 2. Königstein.

Beldarraín, E. 2006. *Los médicos y los inicios de la antropología en Cuba*. La Habana. Ediciones Pontón Caribe S.A. 245 p.

Bosque, A. 1889. *Flora médica indígena*. Discusión por los doctores Zamora, Cowley y Bosque. *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana* 26: 138-139.

Colmerito, M. 1958. *Primeras no-*

ticias acerca de la vegetación americana. Conferencia leída el 21 de abril de 1892 en el Ateneo de Madrid con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Colón, C. 1492. *Diario de Navegación. Primer Viaje*. En: Alfonso, Rogelio (comp.). *Antología de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo I. La Habana. Editorial Pueblo y Educación.

Colón, C. 1963. *Diario de Navegación*. Publicación de la Comisión Cubana de la UNESCO. La Habana.

Cueto, E. 2002. *Illustrating Cuba's flora and fauna*. The Historical Museum of Southern Florida. Miami, Florida. 112 pp.

Dacal, R. y Rivero de la Calle, M. 1986. *Arqueología aborigen de Cuba*. La Habana. Editorial Gente Nueva.

De Gordon, A. 1894. *Estudio fisiológico, químico y toxicológico del jugo del árbol manzanillo*. La Habana.

De Gordon, A. y Acosta, A. 1894. *Medicina indígena de Cuba y su valor histórico*. Trabajo leído en la sesión del 28 de octubre de 1894 de la Real Academia de Ciencias Médicas. La Habana. Imprenta de Sarachaga y Miyares, *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana* 31: 279.316

De las Casas, B. 1875. *Historia General de las Indias*. Imprenta de Miguel Gíriesta, Madrid, España.

Domínguez, L; Febles, J. y Rives, A. 2002. *Las Comunidades aborígenes de Cuba*. En: Instituto de Historia de Cuba. Historia de Cuba. La Colonia. Tomo I. Primera Parte. Evolución socioeconómica y formación nacional desde los orígenes hasta 1867. La Habana. Editorial Félix Varela. 518 p.

Esquivel, M. y Casals, C. 2005. *El primer viaje de Cristóbal Colón a Cuba*. Casa Editorial Abril. Ciudad de La Habana. 199 p.

Fariñas D. 1995. *Las formas tempranas de religión entre los aborígenes de la mayor de las Antillas*. En: Religión en las Antillas. La Habana. Editorial Academia.

Fernández de Navarrete, M. 1825. *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo XV*. Tomo I. Madrid. Imprenta Real. 455 p.

Fuentes, V. 1984a. *Sobre la flora medicinal en Cuba*. Boletín de Reseñas Plantas Medicinales No. 11, La Habana, Centro de Información y Documentación Agropecuaria. 39 p.

Fuentes, V. 1984b. *Sobre la medicina tradicional en Cuba*. Boletín de Reseñas Plantas Medicinales No. 10, La Habana. Centro de Información y Documentación Agropecuaria, 39 p.

Fuentes, V. 1988. *Las Plantas Medicinales en Cuba*. Tesis en opción al grado científico de Candidato a Doctor en Ciencias Biológicas. La Habana. 420

p.

Fuentes, V. 2006^a. *Las Plantas en el ajuar doméstico y las construcciones vernáculas en Cuba*. III Jornadas Técnicas sobre Arquitectura Vernácula. Ciudad de La Habana. 3-6 de abril de 2006.

Fuentes, V. 2006b. *Etnobotánica de Solanaceae en Cuba* (Conferencia magistral). Memorias X Encuentro de Botánica "Johannes Bisse in Memoriam". Camagüey. ISBN 959-18-0088-6.

Fuentes, V. 2007. *Influencia aborígen en la medicina tradicional herbolaria de Cuba*. IV Jornada Científica del Grupo de Trabajo Permanente Expediciones, Exploraciones y Viajeros en el Caribe. La Habana, 28 de febrero-2 de marzo de 2007.

Fuentes, Y. y Fuentes, V. 2008. *La ilustración de la flora de Cuba en el período colonial*. Memorias XI Encuentro de Botánica "Johannes Bisse in Memoriam". Camagüey, 14-17 de diciembre de 2008. ISN 978-959-18-0395-5.

García, J. 2004. *Indígenas y criollos en los primeros versos escritos sobre Cuba* (fray Alonso Gregorio de Escobedo y su poema "La Florida"). Revista de la Biblioteca Nacional 95 (1-2): 42-53.

García, J; Garrido M. y Fernández D. 2007. *Huellas vivas del indocubano*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana. 501 p.

Guanche, J. 1983. *Procesos etnocul-*

turales en Cuba. Editorial Letras Cubanas. Ciudad de La Habana. 503 p. + ind.

Guarch, J. 1973. *Ensayo de reconstrucción etnohistórica del taíno*. En: Ser. Arqueología No. 4. Academia de Ciencias de Cuba. La Habana. 55 p.

León, H. y Alain, H. 1953. *Flora de Cuba*. Vol. II. Contribuciones Ocasionales del Museo de Historia Natural del Colegio de la Salle. No. 10. La Habana. Imp. de P. Fernández. 456 p.

Le Riverend, J. 1965. *Historia Económica de Cuba*. 2da edición. La Habana. Editorial Nacional de Cuba. 280 p.

Liogier, H. A. 1985. *La Flora de la Española*. III. Ediciones de la Universidad Central del Este. San Pedro de Macorís, República Dominicana. 431 p.

Liogier, H. 1988. *Descriptive Flora of Puerto Rico and Adjacent Islands*. Vol. II. Leguminosae to Anarcadiaceae. Editorial Corripio. República Dominicana. 481 p.

López y Veitía, E. 1888. *Medicina de los siboneyes*. Discurso de recepción en la Sociedad Antropológica, leído en la sesión del 4 de marzo de 1888. Revista Cubana 7 (3):193.210

Marcano, J. E. 2006a. *Historia Dominicana*. La Cultura Taína. (Siglos XII-XVI d.C.). Primera parte.

Marciano, J. E. 2006b. *Historia Dominicana. La Cultura Taína. (Siglos XII-XVI d.C.). Segunda parte.*

Méndez, I. 2003. *Flora de la República de Cuba. Verbenaceae. Fascículo 7(3): 1-126. A.R. Gantner Verlag KG Ruggell, Liechtenstein*

Mestre, A. 1936. *La Medicina de los indios de Cuba. Discurso leído en la sesión extraordinaria de la Academia de Ciencias de La Habana el 3 de diciembre de 1935. La Habana. Seoane, Fernández y Cía.*

Morales y Pérez, 1946. *El Períodos de transculturación. Revista de Arqueología y Etnología 1(1): 5-36*

Moreira, L. J. 1999. *La Sociedad Comunitaria de Cuba. La Habana. Editorial Félix Varela. 201 p.*

Moreno, D. 1968. *La Vivienda del campesino cubano. Etnología y Folklore (La Habana) 6: 35-37.*

Moya, C. 1985. *Distribución al estudio de la medicina en Cuba I. Influencia en la medicina tradicional. Resúmenes II Evento Nacional de Plantas Medicinales y Recursos Naturales con fines terapéuticos. Ciego de Ávila. 19 p.*

Núñez Jiménez, A. 1981. *La Cultura cubana. Heredera de indios, españoles, africanos, y otros pueblos. Bohemia. Año 75 No. 38, septiembre 18 de 1982: 84-87.*

Núñez, N. y González, E. 1999. *An-*

tecedentes históricos de la alimentación tradicional en Cuba. Revista Cubana Aliment. Nutr. 13(2): 145-150.

Ortiz, F. 1939. *Los factores humanos de la cubanidad. Bimestre Cubano 16(2): 161*

Ortiz, F. 1963. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. Dirección de publicaciones, Universidad Central de Las Villas.*

Pané, R. 1990. *Relación acerca de las antigüedades de los indios. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales. 148 p.*

Pérez de la Riva, J. 1977. *¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba? La Habana. Editorial de Ciencias Sociales. 31 p.*

Pérez de la Riva, J. 2000. *Los culíes chinos en Cuba (1847-1880). Contribución al estudio de la inmigración contratada en el Caribe. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales. 468 p.*

Pérez, N. 2000. *Mobiliario y ajuar de la vivienda rural. Atlas Etnográfico de Cuba. Cultura Popular y Tradicional. Versión CD-R.*

Pichardo, E. 1976. *Diccionario provincial casi razonado de voces (sic.) y frases cubanas. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales.*

Pichardo, F. 1990. *Caverna, costa y meseta. Interpretaciones de arqueología indocubana. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales. 152 p.*

Portuondo, F. 1975. *Historia de Cuba. 1492-1898. 6ª. Edición. La Habana, Editorial Pueblo y Educación. 599 pp.*

Rey, E. y García del Pino, C. 2002. *Conquista y colonización de la isla de Cuba (1492-1553). En: Instituto de Historia de Cuba (ed.). Historia de Cuba. La Colonia. Tomo 1. Primera Parte. Evolución Socioeconómica y formación nacional desde los orígenes hasta 1867. La Habana. Editorial Félix Varela. 518 p.*

Ricardo, N. Pouyú, E. y Herrera, P. 1995. *The Synantropic flora of Cuba. Fontqueria 42: 367-429.*

Rivero de la Calle, M. 1966. *Las Culturas aborígenes de Cuba. La Habana. Editora Universitaria. 149 p.*

Rodríguez, R. y Pagán, J. 2006. *Primeras evidencias directas del uso de plantas en la dieta de los grupos alfareros del oriente de Cuba. Catauro 8(14): 100-120.*

Safford, W. 1919. *Identity of the Cohoba, the narcotic snuff of ancient Haiti. Journal of the Washington Academy of Sciences 6: 547-562.*

Suardíaz, L. 2004. *La Dorada. Fragmento cubano del poema "La Florida". Camagüey. Editorial Ácana. 51 p.*

Tabío, E. 1988. *Introducción a la arqueología de Las Antillas. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 175 p.*

Tabío, E. y Rey, E. 1966. *Prehistoria*

de Cuba. La Habana. Academia de Ciencias de Cuba. 280 p.

Tabío, E. y Rey, E. 1979. *Prehistoria de Cuba. La Habana. 2da edición. Editorial de Ciencias Sociales. 234 p.*

Tirado, H. 2000. *Instrumentos de trabajo agrícola. Atlas Etnográfico de Cuba. Cultura Popular y Tradicional. Versión CD-R.*

Torres Cuevas, E. y Loyola, O. 2001. *Historia de Cuba. 1492-1898. Tomo I. Formación y Liberación de la Nación. Editorial Pueblo y Educación. Ciudad de La Habana.*

Valdés Bernal, S. 1984. *En torno a los remanentes del aruaco insular en el español de Cuba. Islas (Santa Clara) 77.*

Valdés Bernal, S. 1988. *Lengua nacional e identidad cultural del cubano. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales. 183 p.*

Vega, B. 1981. *La Herencia indígena en la cultura dominicana de hoy. En: Ensayos sobre cultura dominicana. Ediciones Museo del Hombre Dominicano. Serie Conferencias No. 10. Santo Domingo, República Dominicana. 53 p.*

Verdecia, R. 2008. *Comunicación personal. Jardín Botánico de Las Tunas, Cuba.*